

lizaciones críticas desde y sobre los planteamientos gnoseológicos de Leonardo Polo en ‘el lenguaje y la cultura’”, de C. García Turza; “La gnoseología de Polo y el paradigma multicultural”, de F. García-Lizcano; y “La interdisciplinariedad universitaria: una propuesta desde el pensamiento de L. Polo”, de S. C. Martino.

Juan Fernando Sellés
jfselles@unav.es

Fernando Haya Segovia, *El ser temporal. Doctrina del método*

Universidad de Málaga, Málaga, 2017, 459 pp.

El ser temporal es un voluminoso libro de metafísica. No es usual en los tiempos que corren encontrarse con estudios dedicados a esa rama del saber; y, menos aún, con estudios tan profundos, técnicos y rigurosos como éste. No podemos aquí sino felicitar a su autor.

El autor confiesa que el libro procede en parte de artículos previamente publicados en revistas científicas, aunque más bien pensamos que se trata de publicaciones que anticipan y van construyendo el edificio que este libro nos presenta ahora brillantemente terminado. El autor igualmente confiesa sus fuentes: las corrientes fenomenológicas contemporáneas, en particular Max Scheler; la metafísica clásica, concretamente la de Aristóteles proseguida por Tomás de Aquino; y la filosofía de Leonardo Polo, en especial su metafísica y teoría del conocimiento, que el autor ha asimilado de una manera muy personal y precisa. La segunda parte del título, *doctrina del método*, alude justamente a la filosofía poliana del límite mental, y más en general a su teoría del conocimiento; en la que Polo distingue distintas operaciones intelectuales, cuyo alcance metafísico el autor de este libro examina minuciosamente.

El libro juega con el título de la obra más conocida de Heidegger para invertir, en cambio, sus propuestas y sus implicaciones histórico-filosóficas. Sobre la base de algunas averiguaciones de la fenomenología de la temporalidad y siguiendo el método del abandono del límite mental propuesto por Leonardo Polo, el autor logra una propuesta teórica de envergadura: la reducción metódica del tiempo, en orden al conocimiento del tema que juzga básico de la metafísica: el ser temporal.

La obra está dividida en doce capítulos, estructurados en tres partes, la última de ellas con dos secciones. Esas tres partes estudian las tres modalidades del acceso a la temática metafísica, distinguidas en la introducción, y que son: la heurística, la problemática y la crítica.

La heurística es la “via eminente del acceso metafísico” (p. 30). De la heurística se pasa luego a la problemática: es la dirección ascendente del método; pues la heurística requiere “permanencia en la radical novedad de lo primero-averiguado” (p. 30), mientras que “el saber es esencial y derivadamente problemático, puesto que su comienzo establece un desfase con relación al fundamento, velado según la índole misma de su adelantamiento” (p. 236).

Después viene, consecuentemente, el descenso: “descenso que asiste con vistas a despejar el camino del ascenso...”, pues “la suscitación retrospectiva de aporías... es metódicamente fecunda” (pp. 39-40): “la discusión con las aporías de principio es la dimensión crítica del método, en dependencia de la dimensión problemática” (p. 236).

En la tercera parte del libro se señalan los desajustes que el autor encuentra en las segunda y tercera direcciones de principio, tal y como él las denomina. Al final y en suma, el método de la metafísica es “la crítica en pugna con las dificultades que estorban la permanencia en lo primero-averiguado” (p. 26); eso primero averiguado es el ser: precisamente el ser como lo primero.

Se observa en el conjunto de la obra una glosa personal a la distinción poliana de las tres operaciones de la inteligencia: la incoativa y las prosecutivas (la matemática aquí la dejamos de lado); y un ajuste de cuentas sobre el alcance y problemáticas que su uso puede tener en la metafísica. Tal ajuste se corresponde ciertamente con el pensamiento de Polo.

Al margen de la visión global del libro, son de destacar además otros aspectos de él. Algunos capítulos tienen un interés en propio: como el capítulo 5 al comparar las nociones de articulación presencial del tiempo y la de conversión de los conceptos a la fantasía; o el capítulo 12 al proponer una comprensión metafísica del eterno retorno nietzscheano. De una manera transversal, a lo largo de todo el libro, destacan los temas de la dimensión negativa del pensamiento y el de la índole de la libertad humana, en *dualidad trascendental* con la *prioridad* real, como otra “instancia de radicalidad” (p. 29). Por lo demás, en el libro se insertan una serie de diagramas, bien raros cuando hablamos de un saber tan separado o abstracto como la metafísica, una abundante bibliografía y generosos índices onomástico y de nociones.

Una cuestión global no puede pasarnos desapercibida. La filosofía enseñaba que eterno es lo que ni comienza ni termina, perpetuo lo que no termina, pero tal vez sí comience, y temporal lo que comienza y termina. Luego lo diferencial de lo temporal es que acaba. Si este enfoque es correcto, resulta algo problemático hablar del ser temporal; y, sin embargo, el tiempo es indicio del ser creado.

Juan A. García
jagarciago@uma.es

J. F. Sellés, *El pecado según Leonardo Polo*

Cuadernos de Pensamiento Español, nº 71, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 2017, 80 pp.

En este pequeño libro el autor recoge el pensamiento de L. Polo sobre la noción de pecado. Está estructurado en tres capítulos, las la Introducción y el Apéndice. En la Introducción se indica que el pecado supone una mentira respecto del ser de Dios, del ser de uno mismo, y del ser del universo. Según este esquema se dividen los tres capítulos, pues el Iº se dedica al pecado como mentira respecto del ser divino, el IIº al pecado como mentira respecto del ser humano, y el IIIº al pecado como mentira respecto del ser del universo. El Apéndice está dedicado al ‘padre de la mentira’ el demonio, sin cuya instigación difícilmente el hombre hubiese cometido el pecado original.

Mi idea es que lo nuclear del pecado es la ofensa a Dios, en comparación con la cual la despersonalización y deshumanización del hombre o el estropicio del mundo son algo más bien lateral. O al revés: la despersonalización y deshumanización del hombre y el deterioro del cosmos son malos porque ofenden a Dios, que ha querido –al crearlos– que hombre y mundo fueran como son. Pero si esto es verdad, que el pecado consiste formalmente en la ofensa al creador, entonces quizá no baste la idea de negación: porque quien niega, quien comete el pecado, es la criatura; pero quien se ofende es el Creador.

El autor indica que, en rigor, Dios no conoce el mal, porque éste es falta de ser en el hombre que comete pecado. Pero si el pecado consiste formalmente en la ofensa al creador, entonces hay que matizar mucho la idea de que Dios no conoce el mal: porque si Dios no se enterara de lo que cometemos u